

los cadáveres, se resistían á sus ginetes, y se negaban á entrar. Varias veces embistieron, y otras tantas tuvieron que retroceder: entonces García de Paredes á voces les decía, que se apeasen, y acometiesen á pie, que él no podía hacerlo por las heridas que tenía en la cabeza; y al mismo tiempo arremetió con su caballo á aportillar la trinchera, y solo por gran rato estuvo haciendo guerra á sus enemigos. Estos se defendieron de él, y le hirieron el caballo tan malamente, que tuvo que retirarse por no caer entre ellos. Mientras él peleaba así, los franceses movían partido, y confesaban que habían errado en decir que los españoles no eran tan diestros caballeros como ellos, y que así podían salir todos como buenos del campo. A los mas de los nuestros parecía bien este partido; mas Paredes no admitía ningun concierto: decía á sus compañeros que de ningun modo cumplían con su honra, sino rindiendo á aquellos hombres, ya medio vencidos; y mal enojado de que no siguiesen su dictámen, herido como estaba, perdida la espada de la mano, y no teniendo á punto otras armas, se volvió á las piedras con las que se había señalado el término del campo, y empezó á lanzarlas contra los franceses. Parece, al leer esto, que se ven las luchas de los heroes en Homero y Virgilio, cuando rotas las lanzas y las espadas, acuden á herirse con aquellas enormes piedras, que el esfuerzo de muchos no podía mover de su sitio. Apeáronse en fin los españoles; los franceses, viéndolos venir, volvieron á ofrecer el partido de que la cosa quedase así, y ellos saliesen del campo, quedándose en él los nuestros, y recogiendo para sí los despojos que estaban esparcidos por el suelo. Había durado la batalla mas de cinco horas; la noche era entrada, y Próspero Colonna aconsejó á los españoles que su honor quedaba en todo su punto, aceptando este partido. Hiziéronlo así, canjeáronse los dos rendidos uno por otro, y los franceses tomaron el camino de Viselo, los nuestros el de Barleta. Los jueces sentenciaron que todos eran buenos caballeros, habiendo manifestado los españoles mas esfuerzo, y los franceses mas constancia. Entre estos se señaló mucho el célebre Bayard, á quien se llamaba el *caballero sin miedo y sin tacha*: entre los nuestros los que mas bien pelearon fueron Paredes, y Diego de Vera.

Sin embargo del honor adquirido por los españoles el Gran Capitán quedó mal enojado del éxito de la batalla, y se dice que quiso castigar á los combatientes, porque habiendo tenido esfuerzo para hacerse superiores en ella, no habían tenido constancia y saber para completar el triunfo, y rendir á sus contrarios. Es notable aquí el honrado proceder de Paredes: él había reñido en la lid á sus compañeros por el concierto que hacían: él fué quien los defendió adelante de su general diciendo; que pues sus contrarios confesaron el error en que estaban respecto de los españoles, no había para que tener en poco lo que se había hecho, porque al fin, los franceses eran tan buenos caballeros como ellos. « Por me-

jores los envié yo al campo,» respondió Gonzalo, y puso fin á la contestacion.

 POESÍAS.

I.

A la Expedicion española para propagar la vacuna en América bajo la direccion de don Francisco de Balmis.

¡Virgen del mundo, América inocente!
 Tú, que el preciado seno
 Al cielo ostentas de abundancia lleno
 Y de apacible juventud la frente;
 Tú, que á fuer de mas tierna y mas hermosa
 Entre las zonas de la madre tierra,
 Debiste ser del hado,
 Ya contra tí tan inclemente y fiero,
 Delicia dulce y el amor primero;
 Oyeme: si hubo vez en que mis ojos
 Los fastos de tu historia recorriendo
 No se hinchasen de lágrimas; si pudo
 Mi corazon sin compasion, sin ira,
 Tus lastimas oír; ¡ah! que negado
 Eternamente á la virtud me vea,
 Y bárbaro y malvado,
 Cual los que así te destrozaron, sea.

Con sangre estan escritos
 En el eterno libro de la vida
 Esos dolientes gritos
 Que tu labio afligido al cielo envia.
 Claman allí contra la patria mia,
 Y vedan estampar gloria y ventura
 En el campo fatal donde hay delitos.
 ¿No cesarán jamas? ¿No son bastantes
 Tres siglos infelices
 De amarga espiacion? Ya en estos dias
 No somos, no, los que á la faz del mundo
 Las alas de la audacia se vistieron
 Y por el ponto Atlántico volaron;
 Aquellos que al silencio en que yacias
 Sangrienta, encadenada te arrancaron. —

« Los mismos ya no sois, pero mi llanto
 Por eso ha de cesar? Yo olvidaria
 El rigor de mis duros vencedores:

Su atroz codicia, su inclemente saña
 Crimen fueron del tiempo y no de España.
 ¿Mas cuando ¡ay Dios! los dolorosos males
 Podré olvidar que aun mísera me ahogan?
 Y entre ellos... ¡Ah! venid á contemplarme,
 Si el horror no os lo veda, emponzoñada
 Con la peste fatal que á desolarme
 De sus funestas naves fué lanzada.
 Como en árida mies hierro enemigo,
 Como sierpe que infesta y que devora,
 Tal su ala abrasadora
 Desde aquel tiempo se ensañó conmigo.
 Miradla enbravecerse, y cual sepulta
 Allá en la estancia oculta
 De la muerte mis hijos, mis amores.
 Tened ¡ay! compasion de mi agonía
 Los que os llamaís de América señores:
 Ved que no basta á su furor insano
 Una generacion, ciento se traga;
 Y yo espirante, yerma, á tanta plaga
 Demando auxilio, y le demando en vano.»—

Con tales quejas el Olimpo heria,
 Cuando en los campos de Albion natura
 De la víruela hidrópica al estrago
 El venturoso antidoto oponia.
 La esposa dócil del celoso toro
 De este precioso don fué enriquecida,
 Y en las copiosas fuentes le guardaba,
 Donde su leche cándida á raudales
 Dispensa á tantos alimento y vida.
 Jenner lo revelaba á los mortales:
 Las madres desde entonces
 Sus hijos á su seno
 Sin susto de perderlos estrecharon,
 Y desde entonces la doncella hermosa
 No tembló que estragase este veneno
 Su tez de nieve y su color de rosa.
 A tan inmenso don agradecida
 La Europa toda en ecos de alabanza
 Con el nombre de Jenner se recrea;
 Y ya en su exaltacion eleva altares,
 Donde á par de sus genios tutelares
 Siglos y siglos adorar le vea.

De tanta gloria á la radiante lumbre
 En noble emulacion llenando el pecho
 Alzó la frente un español: « No sea,

Clamó, que su magnánima costumbre
 En tan grande ocasion mi patria olvide.
 El don de la invencion es de fortuna,
 Gócele ella un ingles; España ostente
 Su corazon espléndido y sublime,
 Y dé ó su magestad mayor decoro,
 Llevando este tesoro
 Donde con mas violencia el mal oprime.
 Yo volaré, que un númen me lo manda,
 Yo volaré; del férvido Oceano
 Arrostraré la furia enbravecida,
 Y en medio de la América infestada
 Sabré plantar el árbol de la vida.»

Dijo, y apenas de su labio ardiente
 Estos ecos benéficos salieron,
 Cuando tendiendo al aire el blando lino,
 Ya en el puerto la nave se agitaba
 Por dar principio á tan feliz camino.
 Lánzase el Argonauta á su destino:
 Ondas del mar, en plácida bonanza
 Llevad ese depósito sagrado
 Por vuestro campo líquido y sereno;
 De mil generaciones la esperanza
 Va allí, no la anegueis, guardad el trueno,
 Guardad el rayo y la fatal tormenta
 Al tiempo en que dejando
 Aquellas playas fértiles, remotas,
 De vicios y oro y maldicion preñadas
 Vengan triunfando las soberbias flotas.

A Balmis respetad: ¡ó heróico pecho,
 Que en tan bello afanar tu aliento empleas!
 Ve impávido á tu fin. La horrenda saña
 De un ponto siempre ronco y borrascoso,
 Del vértigo espantoso
 La devorante boca,
 La negra faz de cavernosa roca
 Donde el viento quebranta los bajeles,
 De los rudos peligros que te aguardan
 Los mas grandes no son ni mas crueles.
 Espéralos del hombre: el hombre impío,
 Encallado en error, ciego, envidioso,
 Será quien sople el huracan violento
 Qué combata bramando el noble intento.
 Mas sigue, insiste en él firme y seguro:
 Y cuando llegue de la lucha el dia,
 Ten fijo en la memoria

Que nadie sin teson y ardua porfía
Pudo arrancar las palmas de la gloria,

Llegas en fin; la América saluda
A su gran bienhechor, y al punto siente
Purificar sus venas
El destinado bálsamo: tu entonces
De ardor mas generoso el pecho llenas,
Y obedeciendo el númen que te guía,
Mandas volver la resonante prora
A los reinos del Ganges y á la aurora.
El mar del mediodia
Te vió asombrado sus inmensos senos
Incansable surcar: Luzon te admira
Siempre sembrando el bien en tu camino,
Y al acercarte al industrioso chino,
Es fama que en su tumba respetada
Por verte alzó la venerable frente
Confucio, y que exclamaba en su sorpresa:
« ¡ Digna de mi virtud era esta empresa! »

¡ Digna, hombre grande, era de tí! ¡ bien dina
De aquella luz altísima y divina,
Que en dias mas felices
La razon, la virtud aquí encendieron!
Luz que se estingue ya: Balmis, no tornes,
No crece ya en Europa
El sagrado laurel con que te adornes.
Quédate allá, donde sagrado asilo
Tendran la paz, la independencia hermosa:
Quedate allá donde por fin recibas
El gremio augusto de tu accion gloriosa.
Un pueblo, por tí inmenso, en dulces himnos
Con fervoroso celo
Levantará tu nombre al alto cielo:
Y aunque en los sordos senos
Tú ya durmiendo de la tumba fria
No lo oirás, escúchalos al menos
En los acentos de la musa mia.

II.

A LA INVENCION DE LA IMPRENTA.

¡ Sera que siempre la ambicion sangrienta,
O del solio el poder pronuncie solo,
Cuando la trompa de la fama alienta

Vuestro divino labio, hijos de Apolo?
No os da rubor? El don de la alabanza,
La hermosa luz de la brillante gloria,
¿ Serán tambien del nombre á quien daría
Eterno oprobio ó maldicion la historia?
¡ Oh! despertad: el humillado acento
Con magestad no usada,
Suba á las nubes penetrando el viento:
Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que ceñis la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

No los aromas de loor se vieron
Vilmente degradados
Así en la antigüedad: siempre las aras
De la invencion sublime,
Del genio bienhechor los recibieron.
Nace Saturno, y de la madre tierra
El seno abriendo con el fuerte arado,
El precioso tesoro
De vivifica mies descubre al suelo,
Y grato el canto le remonta al cielo,
Y Dios le nombra de los siglos de oro.
¿ Dios no fuiste tambien, tú que allá un dia
Cuerpo á la voz y al pensamiento diste,
Y trazándola en letras, detuviste
La palabra veloz que antes huía?

Sin tí se devoraban
Los siglos á los siglos, y á la tumba
De un olvido eternal yertos bajaban.
Tú fuiste: el pensamiento
Miro ensanchar la limitada esfera
Que en su infancia fatal le contenia.
Tendió las alas, y arribó á la altura
De do escuchar la edad que antes viviera,
Y hablar ya pudo con la edad futura.
¡ O gloriosa ventura!
Goza, genio inmortal, goza tú solo
Del himno de alabanza, y los honores
Que á tu invencion magnífica se deben:
Contéplala brillar; y cual si sola
A ostentar su poder ella bastara,
Por tanto tiempo reposar natura
De igual prodigio al universo avara.

Pero al fin sacudiéndose, otra prueba

Le plugo hacer de sí, y el Rin helado
 Nacer vió á Guttemberg. « ¿ Con que es en vano
 Que el hombre al pensamiento
 Alcanzase escribiéndole á dar vida,
 Si desnudo de curso y movimiento
 En letargosa oscuridad se olvida?
 No basta un vaso á contener las olas
 Del fervido Oceano,
 Ni en solo un libro dilatarse pueden
 Los grandes dones del ingenio humano:
 ¿ Qué les falta? ¿ Volar? Pues si á natura
 Un tipo basta á producir sin cuento
 Seres iguales, mi invencion la siga:
 Que en ecos mil y mil sienta doblarse
 Una misma verdad, y que consiga
 Las alas de la luz al desplegarse. »

Dijo y la imprenta fué: y en un momento
 Vieras la Europa atónita agitada
 Con el estruendo sordo y formidable
 Que hace sañudo el viento
 Soplando el fuego asolador que encierra
 En sus cavernas lóbregas la tierra.
 ¡ Ay del alcázar que al error fundaron
 La estúpida ignorancia y tiranía!
 El volcan reventó y á su porfía
 Los soberbios cimientos vacilaron.
 ¿ Qué es del monstruo, decid, inmundo y feo,
 Que abortó el dios del mal, y que insolente
 Sobre el despedazado Capitolio
 A devorar el mundo impunente
 Osó fundar su abominable solio?

Dura sí: mas su inmenso poderío
 Desplomándose va; pero su ruina
 Mostrará largamente sus estragos.
 Así torre fortísima domina
 La altiva cima de fragosa sierra;
 Su albergue en ella y su defensa hicieron
 Los hijos de la guerra,
 Y en ella su pujanza arrebatada,
 Rugiendo los ejércitos rompieron.
 Despues abandonada,
 Y del silencio y soledad sitiada
 Conserva, aunque ruinoso, todavía
 La aterradora faz que antes tenia.
 Mas llega el tiempo y la estremece y cae.
 Cae, los campos gimen

Con los rotos escombros; y entre tanto
 Es escarnio y baldon de la comarca
 La que antes fué su escándalo y espanto.

Tal fué el lauro primero que las sienes
 Ornó de la razon: mientras osada,
 Sedienta de saber la inteligencia,
 Abarca el universo en su gran vuelo.
 Levántase Copérnico hasta el cielo,
 Que un velo impenetrable antes cubria,
 Y allí contempla el eternal reposo
 Del astro luminoso,
 Que da á torrentes su esplendor al dia.
 Siente bajo su planta Galileo
 Nuestro globo rodar, la Italia ciega
 Le da por premio un calabozo impío,
 Y el globo en tanto sin cesar navega
 Por el piélago inmenso del vacío.
 Y navegan con él impetuosos,
 A modo de relámpagos huyendo,
 Los astros rutilantes: mas lanzado
 Veloz el genio de Neuton tras ellos,
 Los sigue, los alcanza,
 Y á regular se atreve
 El grande impulso que sus orbes mueve.

¡ Ah! ¿ qué te sirve conquistar los cielos,
 Hallar la ley en que sin fin se agitan
 La atmósfera y el mar, partir los rayos
 De la impalpable luz, y hasta en la tierra
 Cavar y hundirte, y sorprender la cuna
 Del oro y del cristal? Mente ambiciosa,
 Vuelvete al hombre. Ella volvió, y furiosa
 Lanzó su indignacion en sus clamores.—
 « ¿ Conque el mundo moral todo es horrores?
 ¿ Conque la atroz cadena
 Que forjó en su furor la tiranía,
 De polo á polo inexorable suena,
 Y los hombres condena
 De la vil servidumbre á la agonía!
 ¿ Oh! no sea tal. » Los déspotas lo oyeron,
 Y el cuchillo y el fuego á la defensa
 En su diestra nefaria apercibieron.

¡ O insensatos! ¿ Qué haceis? Esas hogueras
 Que á devorarme horribles se presentan,
 Y en arrancarme á la verdad porfian,
 Fanales son que á su esplendor me guian

Antorchas son que su victoria ostentan:
 En su amor anhelante
 Mi corazón estático la adora,
 Mi espíritu la ve, mis pies la siguen.
 No; ni el hierro ni el fuego amenazante
 Posible es ya que á vacilar me obliguen.
 ¿ Soy dueño por ventura
 De volver el pie atrás? Nunca las ondas
 Forman del Tajo á su primera fuente,
 Si una vez hácia el mar se arrebataron:
 Las sierras, los peñascos su camino
 Se cruzan á atajar; pero es en vano,
 Que el vencedor destino
 Las impele bramando al Oceano.

Llegó pues el gran día,
 En que un mortal divino sacudiendo
 De entre la mengua universal la frente,
 Con voz omnipotente
 Digo á la faz del mundo: *El hombre es libre.*
 Y esta sagrada aclamación saliendo,
 No en los estrechos límites hundida
 Se vió de una región; el eco grande
 Que inventó *Guttemberg* la alza en sus alas:
 Y en ellas concluida
 Se mira en un momento
 Salvar los montes, recorrer los mares,
 Ocupar la extensión del vago viento;
 Y sin que el trono ó su furor la asombre,
 Por todas partes el valiente grito
 Sonar de la razón: *Libre es el hombre.*

Libre, sí, libre; ó dulce voz! mi pecho
 Se dilata escuchándote, y palpita,
 Y el númer que me agita
 De tu sagrada inspiración henchido,
 A la región olímpica se eleva,
 Y en sus alas flamíferas me lleva.
 ¿ Dónde quedais, mortales,
 Que mi canto escuchais? Desde esta cima
 Miro al destino las ferradas puertas
 De su alcázar abrir, el denso velo
 De los siglos romperse, y descubrirse
 Cuanto será: ¡ ó placer! no es ya la tierra
 Ese planeta mísero en que ardieron
 La implacable ambición, la horrible guerra.

Ambas gimiendo para siempre huyeron;

Como la peste y las borrascas huyen
 De la afligida Zona que destruyen,
 Si los vientos del polo aparecieron.
 Los hombres todos su igualdad sintieron,
 Y á recobrarla las valientes manos
 Al fin con fuerza indómita movieron.
 No hay ya ¡ qué gloria! esclavos y tiranos;
 Que amor y paz el universo llenan,
 Amor y paz por donde quier respiran,
 Amor y paz sus ámbitos resuenan.
 Y el Dios del bien sobre su trono de oro
 El cetro eterno por los aires tiende;
 Y la serenidad y la alegría
 Al orbe que defiende
 En raudales benéficos envía.

¿ No la veis? ¿ no la veis? ¿ La gran columna,
 El magnífico y bello monumento
 Que á mi atónita vista centellea?
 No son, no, las pirámides que al viento
 Levanta la miseria en la fortuna
 Del que renombre entre opresión grangea.
 Ante él por siempre humea
 El perdurable incienso
 Que grato el orbe á *Guttemberg* tributa:
 Breve homenaje á su favor inmenso.
 ¿ Gloria á aquel que la estúpida violencia
 De la fuerza aterró, sobre ella alzando
 A la alma inteligencia!
 ¿ Gloria al que en triunfo la verdad llevando
 Su influjo eternizó libre y profundo!
 Himnos sin fin al bienhechor del mundo!

III:

ODA.

A LA MUERTE DE LA SEÑORA DUQUESA DE FRIAS.

¿ Nos escuchas, Piedad? ¿ O ya en tu oído
 Negado al sentimiento,
 Tardo penetra el congojoso acento
 Del lúgubre alarido?

Abre al menos los ojos, y cercado
Verás tu lecho triste
De los hijos de Apolo que ya oiste
Con tan celeste agrado :

Que hora afligidos su doliente canto
Hasta el Olimpo envian,
Y arrancarte á los ámbitos porfian
Del reino del espanto.

Ni oye, ni ve... Cual sierpe espantadora
En contemplar se agrada
La miserable cierva emponzoñada,
Que atroz al fin devora ;

Tal la muerte cruel á la agonía
De nuestra amiga atiende,
Y en el aire que infesta se suspende
Con bárbara alegría ;

Y con su mano descarnada oprime
El anhelante pecho
Que al fiero impulso del dolor deshecho
Y enronquecido gime.

Ya de la tumba la mansion postrera
Abre su centro oscuro,
Do con cien brazos de diamante duro
La eternidad la espera.

Y allí... ¿No hay compasion? ¿No habrá en el cielo
Un númen que propicio
Use con ella su piadoso oficio,
Y acalle nuestro duelo?

¿Tú, Amor, lo sufrirás? ¿Tú que en la cuna
Su albor primero viste,
Y el don precioso de agradar la diste,
Mayor que su fortuna?

¡O Dios! Esa beldad, flor de Castilla,
Que al Támesis, que al Sena
Con gracia noble y magestad serena
Fué encanto y maravilla ;

Esa boca apacible afectuosa
Que en grata melodía

Sales sin fin y discrecion vertia
De su flamante rosa ;

Esos ojos purísimos que solo
Su patria dar pudiera,
En cuya luz alegre reverbera
El gran fanal de Apolo ;

¡Todo, todo ceniza y horror ciego
Va á ser en un instante!
Deten, ó Muerte, el brazo fulminante,
Déténle á nuestro ruego.

Déjala completar su hermoso día :
¿Quién vió á la flor lozana
Morir antes que cumpla una mañana,
Ni el sol á mediodía?

— « ¡Temeraria ilusion! ¡loca esperanza!
¿Atajar á la Muerte en su camino?
¿A mí que sorda soy cual la venganza,
Y aun mas inexorable que el destino?

Granos todos de incienso al fuego que arde
Delante de mi altar sois consagrados :
Que uno caiga mas pronto, otro mas tarde,
¿Por eso habréis de importunar los hados?

Piedad nació para morir ahora :
A esta ley de rigor debió la vida.
El que por verla agonizando llora,
Su oriente acusa y su existencia olvida.

Bella fué, bella aun es, la amásteis bella :
¿Quereis que venga la vejez odiosa,
Y en ella estampe su ominosa huella?
Muera mas bien que envejecer la hermosa.

Muera mas bien que su candor nativo
Empañe el tiempo y su esplendor deshaga ;
El tiempo que tan impio como esquivo
A la misma virtud vence y estraga.

Viva anhélais la que tan noble ha sido,
La que tan dulce fué : mas ¿por ventura
Este lauro en su frente hoy merecido
De ostentarlo hasta el fin está segura?

¿No puede en vicios convertir mañana,
Las que adorais virtudes? ¡O insensatos!
Dejad esa querrela injusta y vana,
Y no os mostreis al beneficio ingratos.

Yo en mi sueño letárgico y profundo
La doy estable paz, descanso cierto:
Yo contra el recio temporal del mundo
Aseguro su gloria, y soy su puerto.

¿Qué valen pues tan frívolos clamores?
No es á ellos dado enternecer mi oído:
Y ya que no es posible á mis rigores
Salvadla en vuestros cantos del olvido.»

Dijo así la feroz, y en risa amarga
Bañado el rostro horrendo,
Las espantables alas estendiendo
El golpe atroz descarga

Sobre la triste víctima, que herida
Cierra los bellos ojos,
Dando en un ¡ay! al monstruo los despojos
De su infelice vida.

REINOSO

(DON FELIX JOSE).

Don Felix José Reinoso, ministro del tribunal supremo de la Rota española, estudió por espacio de doce años las ciencias eclesiásticas en la universidad de Sevilla, su patria. En 1793, de acuerdo con su condiscípulo don José María Roldán, ya difunto, de quien ha insertado algunas composiciones el señor don Manuel José de Quintana en el tomo IV de las *Poesías selectas castellanas*; estableció una academia de letras humanas que duró hasta 1801, apreciada en el reino por sus obras y por el mérito de haber difundido los principios del buen gusto literario en dicha ciudad, de donde puede asegurarse, que cuantos jóvenes han descollado en literatura desde aquella época, le debieron su educación ó la han debido posteriormente á sus mas notables individuos, que todos desempeñaron luego cátedras de varias enseñanzas. El poema de la *Inocencia perdida*, impreso en 1804, que publicamos corregido nuevamente por su autor, fué, así como otras de sus obras, premiado por aquella academia.

En 1801 obtuvo el curato de la parroquia de Santa Cruz de Sevilla que sirvió con singular celo hasta 1811. Además de sus oficios pastorales que le conservan grata memoria en aquella feligresía, instituyó una junta de caridad, cuyo reglamento fué presentado como estímulo y modelo á los demás curas de la ciudad por su amigo el oidor don Joaquín María Sotelo, encargado por el real acuerdo para propagar en ella semejantes instituciones. Por medio de esta junta estableció en su parroquia la hospitalidad doméstica, proporcionó lactancia y escuela á los niños desvalidos, y socorrió todo género de necesidades. En su casa estableció la vacunación pública y gratuita, logrando generalizarla en aquel gran pueblo, donde anteriormente se había malogrado semejante empresa, y fomentarla en otros de la provincia.

En la hambre que se padeció en Sevilla por la primavera de 1812, en que morían muchos infelices por las calles, formó dos hospitales de desfallecidos de ambos sexos, en que se dió á mas de 700 una curación y convalecencia esmeradas.

La sociedad económica de esta ciudad le confirió por aclamación, á fines de 1815, su cátedra de humanidades, suspendida por algunos años, en cuya restauración leyó un discurso *Sobre la influencia de las bellas letras en la mejora del entendimiento y la rectificación de las pasiones*, que publicó la sociedad. Para su desempeño,